

Cristina Fernández Cubas

PARIENTES POBRES DEL DIABLO

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

CRISTINA FERNÁNDEZ CUBAS
PARIENTES POBRES DEL DIABLO

TUSQUETS
EDITORES

1.ª edición: marzo de 2006

1.ª edición en esta nueva presentación: abril de 2025

© Cristina Fernández Cubas, 2006

Publicado por acuerdo con Casanovas & Lynch Literary Agency, S.L.

Diseño de la colección: Guillemot-Navares

Reservados todos los derechos de esta edición para

Tusquets Editores, S.A. – Avda. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona

www.tusquetseditores.com

ISBN: 978-84-1107-615-9

Depósito legal: B. 3.995-2025

Fotocomposición: Realización Tusquets Editores

Impresión y encuadernación: Limpergraf, S.L.

Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



Índice

La fiebre azul	9
Parientes pobres del diablo	75
El moscardón	137

La fiebre azul

No recuerdo ahora quién me dio el dato. Si fue el propio holandés con el que tenía que cerrar un negocio, o si «Masajonia» era la palabra clave, la información obligada, la referencia de *connaisseur* que corría de boca en boca entre extranjeros. Lo cierto es que al llegar al porche, después de un penoso viaje desde el aeropuerto, me recibió un agradable aroma a torta de mijo y la reconfortante noticia de que en pocas horas podía ocupar un cuarto que acababa de quedar libre. Me sentí afortunado. No había ningún otro hotel en más de cincuenta kilómetros a la redonda.

Mi habitación era la número siete. Todas las habitaciones en el Masajonia tienen el mismo número: el siete. Pero ningún cliente se confunde. Las habitaciones, cinco o seis en total —no estoy seguro—, lucen su número en lo alto de la puerta. Ningún siete se parece a otro siete. Hay sietes de latón, de madera, de hierro forjado, de arcilla... Hay sietes de todos los

tamaños y para todos los gustos. Historiados, sencillos, vistosos y relucientes o deteriorados e incompletos. El mío, el que me tocó en suerte, más que un siete parecía una e le algo torcida. Le faltaba el tornillo de la parte superior y había girado sobre sí mismo. Intenté arreglarlo —no sé por qué—, devolverlo a su originario carácter de número, pero él se empeñó en conservar su apariencia de letra. Informé en la recepción. Es un decir. La recepción consistía en una hamaca blanca y un negro orondo que atendía por Balik. Nunca supe qué idioma hablaba Balik, si hablaba alguno o si fingía hablar y no hacía otra cosa que juntar sonidos. Tampoco si su amplia sonrisa significaba que me había entendido o todo lo contrario. Le dibujé un siete sobre un papel y le di la vuelta. Él se puso a reír a carcajadas. Simulé que tenía un martillo, empecé a clavetear contra una pared y coloqué el papel en su superficie. «Ajajash», concedió el hombre. Y se tumbó en la hamaca.

La habitación no era mala. Tal vez debería decir excelente. Pocas veces en mis dos meses de estancia en África me había sentido tan cómodo en el cuarto de un hotel. Disponía de una cama inmensa, una mesa, dos sillas, un espejo, el obligado ventilador y una butaca de orejas, al estilo inglés, que, aunque desentonaba claramente con el resto, me producía una olvidada sensación de bienestar. La mosquitera —cosa rara— no presentaba el menor remiendo ni la más

leve rasgadura. Era una segunda piel que me seguía a cualquier rincón del dormitorio. De la mesa a la cama y de la cama al sillón. Los insectos del manglar no podían con ella. Eso era importante. Como también el delicioso olor a especias e incienso que impregnaba sábanas y toallas, y las ramas de palmera que agitadas por el viento oscurecían o alumbraban el cuarto a través de la persiana.

El Hotel Masajonia es un edificio de adobe de una sola planta. Sencillo, limpio, sin lujos añadidos (si exceptuamos el sillón) y sin otra peculiaridad que la curiosa insistencia en numerar todas las habitaciones con un siete. Una rareza que al principio sorprende, pero pronto, como no lleva a confusión, se olvida. Tal vez los primeros propietarios (ingleses, sin lugar a dudas) lo quisieron así. Una pequeña sofisticación en el corazón de África. Luego se fueron, y ahí quedaron los números como un simple elemento de decoración o un capricho que nadie se molestó en retirar. El primer día le pregunté al hombre de la hamaca. «¿Por qué todas las habitaciones son la siete?» «Ajajash», respondió encogiéndose de hombros. «Ajajash», repetí. Y me di por satisfecho.

Así es la vida en el Masajonia. Tranquila, sin sobresaltos. Por lo menos en apariencia. Los que han ocupado cualquiera de los siete entenderán enseguida de lo que hablo. Allí hay... *algo*. Ahora sé lo que es: se llama Heliobut. Los nativos lo conocen así, el Helio-

but, y cuando lo mencionan, cosa que no ocurre con frecuencia, lo hacen invariablemente a media voz, como si temieran despertar poderes dormidos o enfrentarse a lo que no comprenden. A mí me atemoriza más la palabra *algo*. Heliobut, por lo menos, es un nombre. *Algo* puede ser cualquier cosa. Un peligro difuso, una abstracción, una amenaza inconcreta. Y no hay nada más difícil que protegerse de un enemigo anónimo.

Pero ¿es el Heliobut un enemigo? No sabría responder. La primera vez que oí hablar de él fue en el puesto de bebidas de Wana Wana, el primo de Balik, un chamizo destartalado a apenas un par de kilómetros del manglar. Del negocio de Wana Wana se dice que uno sabe cómo llega pero no recuerda jamás cómo regresa. Se refieren al *bozzo*. Una bebida de mango fermentado que produce euforia primero, abotargamiento después, pero sobre todo —y ahí parece radicar la razón de su éxito— dulces, enrevesados y maravillosos sueños. Se cuenta también que, si se abusa, puede provocar la muerte. En el pueblo casi todas las familias deben más de una pérdida a la acción del *bozzo*. Pero siguen fermentando mango en grandes cuencos que venden después a Wana Wana y éste —sólo él y el Masajonia disponen de nevera— mezcla las tinas, dobla el precio y lo sirve cada tarde en su establecimiento.

Yo no lo he probado. Su olor me resulta nausea-

bundo. Tampoco, que recuerde, nadie me lo ha ofrecido. «No para blancos», suele decir el tabernero riendo. Otras veces cambia «blanco» por «europeo» y se lleva la mano al estómago. «Luego encontrarse mal, vomitar y ensuciar el Masajonia.» Casi todos los europeos que se dejan caer por el Wana Club están alojados en el Masajonia. Gente de paso, viajeros ávidos de aventuras, pintores enamorados de la luz de África, voluntarios de organizaciones humanitarias, hombres de negocios no demasiado claros y unos pocos como yo, coleccionistas de arte o, para hablar con propiedad, revendedores, falsificadores o comerciantes. En cierta forma el Wana Wana es el bar del Masajonia. Una prolongación natural. Un anexo. Aunque se encuentre a dos kilómetros de distancia y no siempre se recuerde el camino de vuelta.

Para los europeos —*tarwtarws* nos llaman— Wana Wana tiene reservado un arsenal de whisky y coca-cola. Los voluntarios suelen beber coca-cola. Los demás whisky. A veces, en noches especialmente calurosas, intercambiamos nuestras bebidas o las combinamos burdamente ante los ojos sin expresión de los bebedores de *bozzo*. Suele ocurrir a altas horas y los *bozzeros* —así los llamamos nosotros— se encuentran en plena fase de abotargamiento. De lo que ocurre después —el momento de los sueños dulces, enrevesados y maravillosos— no puedo decir gran cosa. Si se les ve transportados y felices, si caen en redondo, o si su

rostro no deja traslucir la menor de sus emociones. Me lo han contado, pero no lo he visto. Y los que me lo han contado tampoco lo han visto. El whisky de Wana Wana —de importación dice él, supongo que para justificar su precio— surte efectos demoledores. Nunca he sabido si es el clima o si el primo de nuestro orondo Balik se las ingenia, en la trastienda, para alargar las reservas y no precisamente con agua.

Pero estaba hablando del Heliobut. O del *algo*. Llevaba tres noches en el Masajonia, había dormido a pierna suelta y me encontraba descansado y optimista. No me molestaba que el contacto esperado —un holandés tripón arraigado en la zona desde hacía más de veinte años— no se hubiera personado aún; es más, se lo agradecía. Me sentía bien allí, en la habitación del sillón de orejas, y no tenía el menor inconveniente en prolongar mi estancia. Un respiro en el trabajo nunca viene mal. Después, cuando apareciera el intermediario, volvería a pensar en términos de negocio. Esta vez el encargo era de cierta envergadura. Una partida de doscientas estatuillas de distintos materiales y tamaños que artesanos nativos, a las órdenes del holandés, debían de estar afanándose por acabar dentro del plazo previsto. Era lo último que me quedaba por hacer en África y seguramente lo que me reportaría mayores beneficios. Las estatuillas, de regreso a casa, serían enterradas bajo tierra y sometidas a un proceso de envejecimiento que aumentaría su valor.

Y su precio. En el fondo no me diferenciaba demasiado de Wana Wana. Yo también sabía lo que quería la gente y me ponía a su servicio. Eran ya muchos años de recorrer mundo.

Pues bien, aquella mañana me había despertado descansado y de buen humor. La noticia de que no había noticias —me refiero a que el holandés no se había presentado— redobló mi optimismo. Desayuné mijo con huevos y, cuando me disponía a abandonar el hotel y dar un breve paseo por el lago antes de que arreciara el calor, sorprendí una conversación intrascendente entre dos mujeres. O por lo menos eso me pareció entonces: una conversación intrascendente.

Una voluntaria española, de apenas dieciocho o diecinueve años, le contaba en francés a una belga lo bien que había dormido aquella noche. La chica era dulce, inocente, encantadora. Había llegado el día anterior y ahora, tal como esperaba, venían a buscarla desde no recuerdo qué remota misión o qué lejana organización humanitaria. La belga era seca y ceñuda. Iba vestida «de África», como la voluntaria encantadora, como casi todos los clientes del hotel o como yo mismo, con pantalón corto y una especie de sahariana, pero había algo en ella que recordaba a una institutriz de pesadilla y su atuendo, más que habitual en aquellas latitudes, a un rígido uniforme. Hay gente así. En todos los lugares. Hombres y mujeres que aunque visitan de calle despiden un tufillo de cuartel, de mando,

de sentido del deber, de alta misión y de ganas incontenibles de fastidiar al prójimo. Compadecí a la chica.

—¡Qué bien he dormido! —repetía—. Tan bien que incluso he soñado que dormía.

—*Tant mieux* —dijo la uniformada con voz de pito—. El viaje que nos espera es largo. ¿Dónde está su equipaje?

La chica alzó una maleta. Sin ningún esfuerzo. Como si fuera de aire. Una maleta de juguete, pensé. Subió a un jeep, me sonrió y agitó el brazo a modo de despedida. Eso fue todo. Rodeé el hotel, pensé en la voluntaria —en otros tiempos no la hubiese dejado escapar sin enterarme de adónde iba— y me encaminé silbando al manglar. Estaba de buen humor, ya lo he dicho. Pero las palabras de la chica, su voz ilusionada e ingenua, no tardaron en ocupar mis pensamientos. «Incluso he soñado que dormía...» Me detuve a la sombra de una ceiba e intenté recordar en qué había soñado yo aquella noche. No logré rescatar una sola imagen. En nada, me dije, he dormido profundamente, a pierna suelta. Pero realmente, ¿había dormido? ¿O me había *visto* dormir a pierna suelta? Entonces tuve una extraña sensación, un atisbo de recuerdo. Me vi a mí mismo sentado en el sillón mirando cómo dormía. La imagen no tenía nada de inquietante, todo lo contrario. Me pareció curiosa. Conmovedora, incluso. La chica y yo, cada uno en su siete, habíamos soñado lo mismo.

Por la tarde fui al Wana Club —Wana Wana, para los habituales—. Acababan de abrir y había poca gente. El tabernero, su ayudante, un par de nativos, el consabido pintor enamorado de la luz de África y un misionero de largas barbas y hábito impoluto. Me sorprendió que bebiera *bozzo*. O mejor, que el tabernero, sin consultarle, le sirviera un vaso de aquel líquido lechoso reservado en principio a los nativos. El pintor enamorado de la luz de África hizo las presentaciones. «El padre Berini», dijo. «Si usted quiere saber algo de África pregúntele al padre Berini.» El nombre me sonaba. A unos treinta kilómetros del lugar se levantaba una misión italiana. La vi el primer día, camino del Masajonia. El chófer que me conducía a la zona amonó la marcha. «Aquí padre Berini. Bueno, muy bueno. Santo.» Llevaba varias horas de viaje, tenía prisa por solucionar mi alojamiento, no me apetecía hablar y estaba cansado. «Otro día», dije al conductor. Él pareció sorprendido. ¿Un blanco que no quería conocer al padre Berini? Supuse ya entonces que el misionero era todo un personaje. Ahora lo comprobaba. Me estrechó la mano con llaneza y pidió algo a Wana Wana. «Habla quince idiomas», susurró el pintor. «Y por lo menos diez dialectos.» Afuera, a pocos metros del porche, distinguí un todoterreno con tres monjas en el interior. «Son de la misión de Berini», siguió el pintor. Una de las religiosas dormitaba sobre el volante y las otras dos bebían coca-cola directamen-

te del envase. «Estarían más cómodas aquí, pero, claro, éste no es un lugar para damas.» El pintor se puso a reír. Parecía tímido, tenía mirada de adolescente, y al hablar se cubría la boca con la mano. Yo no podía apartar los ojos del misionero. En apenas un minuto hizo por lo menos tres cosas. Se interesó por el dedo de un nativo. Le untó una pomada y lo vendó. Estudió con una lupa la mejilla enrojecida del pintor. Dijo que se trataba de una simple picadura y le recomendó barro con orines. Dispuso sobre el mostrador varias cajas de medicamentos, los numeró y explicó al tabernero, en su lengua, cómo debía ingerirlas y cuáles eran las dosis. Eso es lo que creí entender. Después apuró de un trago el vaso de *bozzo* y pidió otro.

Se encontraba de lleno en la fase euforia. Y me era simpático. Quizás por eso presté atención a la conversación que ahora mantenía con los nativos acodados en la barra. Si cerraba los ojos no distinguía cuándo hablaba él o cuándo lo hacían los otros. De toda aquella lluvia de frases guturales —la conversación parecía fluida y animada— tan sólo logré aislar tres palabras. «Tawtaws», «Masajonia» y «Heliobut». Las dos primeras porque las conocía. El pintor y yo éramos dos *tawtaws* que nos alojábamos en el Masajonia. La tercera, Heliobut, porque cualquiera de ellos al pronunciarla bajaba ostensiblemente el tono de voz. No sé de otra forma más efectiva para conseguir lo contrario de lo que se pretende y llamar la atención

sobre algo que se quiere ocultar. Bajar el tono y susurrar. Aunque no les estuviera escuchando, me habría dado cuenta.

—Padre Berini —dije—. ¿Qué quiere decir «Ajajash»?

Lo pregunté como si estuviera realmente interesado. Ajajash. La palabra comodín del bueno de Balik. Pero no debí de pronunciarla correctamente.

—Primera vez que la oigo —contestó el misionero.

—¿Y «Heliobut»?

Aquí el religioso frunció el ceño. Los nativos me miraron con espanto.

—Vamos a una mesa —dijo él.

Pidió más *bozzo*. Me pregunté si debía seguir llamándole padre o, mejor, Berini a secas. Nos sentamos en el rincón más oscuro del local.

—¿Qué sabe usted del Heliobut? —preguntó.

—Nada. He oído que hablaban de nosotros, del hotel y de eso..., el Heliobut.

—¿Y ha retenido la palabra...? Interesante.

Me encogí de hombros. Él miró con disimulo hacia la barra.

—¿Duerme usted bien en el Masajonia?

Asentí sorprendido. ¿A qué venía su repentino interés por mi descanso?

—Me refiero a si se encuentra a gusto. Si la habitación le parece cómoda y si repone fuerzas por las noches.

Volví a asentir. Berini, a su manera, me estaba dando la bienvenida.

—Sí, padre —dije—. Es un lugar tranquilo. No tengo queja. Y duermo como nunca. A pierna suelta.

—Bonito hotel —concedió—. ¿Piensa quedarse mucho tiempo?

—Sólo unos días. Estoy pendiente de cerrar un negocio con un holandés.

—¿Van Logan?

—Sí, Van Logan.

Berini conocía a todo el mundo. Podía aprovechar para recabar datos del contacto, averiguar si era fiable como me habían asegurado o si solía dejar colgados a sus clientes. Pero antes —ahora sentía auténtica curiosidad— necesitaba saber qué diablos quería decir «Heliobut».

—No parece una palabra africana —aventuré.

—No lo es.

Tuve la sensación de que el religioso se sentía defraudado. O arrepentido de haberme prestado tanta atención. Temí que volviera a sus curas de urgencia y me dejara solo.

—No me tome por indiscreto —añadí—. Pero cuando hablaban de eso, sea lo que sea, bajaban la voz. Y antes habían dicho «tawtaws» y «Masajonia». Creo que se referían a nosotros —señalé hacia la barra—, al pintor y a mí. ¿Me equivoco?

—Quién sabe —dijo. Y me taladró con sus ojos azules.

Permanecemos un buen rato en silencio. Encendí un cigarrillo para disimular mi incomodidad. A la sexta o séptima calada Berini se decidió a hablar.

—Heliobut no significa nada en absoluto. Por lo menos nada que podamos entender. Sólo sabemos que se aloja en el Masajonia —pronunció «se aloja» con cierta vacilación, como si no fuera la expresión adecuada, pero se viera incapaz de encontrar otra—. Y que, a veces, ataca a los *tarwtarws*. No me mire así. No se trata de un hombre. Ni tampoco de un animal ni de un monstruo.

—¿Entonces?

—El Heliobut —dijo en voz muy baja— es un estado de ánimo. Una depresión. Una enfermedad. ¿Me entiende?

Afirmé con la cabeza. No quería interrumpirle.

—Tal vez no sea más que una leyenda.

—¿Y por qué ataca únicamente a los blancos?

Ahora fue él quien se encogió de hombros.

—Quizás porque los negros no le dan facilidades. En el Masajonia sólo duermen *tarwtarws*.

—¿Y Balik? Balik se pasa el día tumbado en la hamaca. Y ronca como una fiera.

—Pero Balik, que es un honrado padre de familia y un buen marido de sus tres mujeres, regresa a su casa cada noche.

Le hice un gesto a Wana Wana. Necesitaba un trago.

—Y esa enfermedad ¿es contagiosa?

—*Chi lo sa!*

Empecé a pensar que se trataba de una broma. De un chiste. La novatada con la que Berini demostraba su superioridad ante los extranjeros y su absoluta identificación con los nativos. ¡Cómo debían de reírse él y sus compinches! Europeos igual a idiotas. Ése era el juego. Dejé de caerme en gracia.

—No me convence, Berini —dije arrogante.

—Ni lo intento. Usted me pregunta y yo respondo.

—Pues bien, seguiré preguntándole. Si esa caprichosa dolencia sólo ataca a los blancos, ¿por qué sus amigos de la barra estaban tan asustados?

—Hace una semana se estrelló un camión. Lo conducía un inglés, un tipo que se hospedaba en el Masajonia. Había enloquecido y sólo quería huir. Del hotel, del poblado, de sí mismo. Lo consiguió. Pero antes de estrellarse arrolló a cuantos se cruzaron en su camino. Uno de los fallecidos era el tío de los muchachos.

No dije nada. La inocentada estaba subiendo de tono.

—Es sólo un ejemplo. El más reciente. La locura de los blancos termina invariablemente volviéndose contra los negros —miró hacia la barra—. Enseguida se propagó la noticia. Había sido el Heliobut. Y cundió el pánico.

Wana Wana apareció en aquel momento con su whisky de trastienda en la mano. Berini se detuvo y encendió un habano. No parecía un misionero. Era lo más distante a la idea que hasta aquel día me había formado de un misionero. Quizás por eso era venerado.

—Y no me pregunte por qué no se destruye de una vez el Masajonia. No serviría de nada. El mal buscaría otro hábitat. O aún peor, se expandiría peligrosamente. En realidad ustedes lo llevan encima.

—¿Nosotros?

—Los blancos —dijo con desprecio.

Me puse a reír.

—Pero usted, padre...

Volvió a atravesarme con sus ojos transparentes.

—¡Yo soy negro!

Llevaba una cogorza de campeonato. Eso era lo que ocurría. Y yo, entre las bocanadas de humo y el aliento a *bozzo*, estaba empezando a marearme. Miré hacia la barra. El pintor, con un gesto discreto, me indicó que se retiraba. Me puse en pie.

—Adiós, padre Berini —dije—. Ha sido un placer.

Él me sujetó del brazo con firmeza.

—Espere. No se vaya aún.

Esperé. No se conoce cada día a un ejemplar como Berini. Pero tardó un buen rato en hablar. Parecía como si tuviera dificultad en encontrar las palabras.

O se hubiera hecho un lío con todo su arsenal de idiomas y dialectos.

—No siempre el mal ataca con tanta virulencia —dijo al fin—. Eso depende del enfermo.

Me miró. Tuve la sensación de que no me veía.

—Si el mal le ataca, cosa que puede no suceder, cosa que no se sabe si es deseable que suceda, o perniciosa, o benefactora, o *tamitakú* o *lamibandaguá* o, por el contrario, *badi tukak*... —estaba haciendo un supremo esfuerzo para continuar—, manténgase firme y no pierda la cabeza. Tómeselo como una gripe. Mejor pasarla en cama. De lo contrario nunca conseguirá vencerla. Debe apurarla, llegar hasta el final. Quiero decir que...

No logré averiguar lo que me quería decir. Estaba cruzando una frontera invisible y entrando en la fase de abotargamiento. Ahora sí me despedí. Después de la modorra sobrevendría la fase sueños. Y no sentía la menor curiosidad por averiguar si se mantendría erguido, si caería en redondo o cuál sería en breves momentos la expresión de su rostro.

Abandoné el local. Era ya de noche. Una de las monjas, de pie junto al todoterreno, se daba aire con una hoja de palma.

—El padre Berini... —empecé. Pero me detuve. ¿Qué iba a hacer? ¿Avisarle de que estaba como una cuba?

—No se preocupe —dijo la monja—. Es su forma de hacer apostolado.

Era guapa. Italiana, sin duda. Tenía los ojos negros, almendrados, con un destello azul oscuro en las pupilas.

—La hermana Simonetta —y señaló a la religiosa dormida sobre el volante— es una experta en conducir de noche. Ahora descansa. Y la hermana Gigliola también.

Me fijé en su hábito. No parecía un hábito. Al igual que la belga humanitaria —pero en un sentido diametralmente opuesto— su fuerte personalidad podía con cualquier ropaje. Si no fuera porque sabía que era monja (y que lo que vestía era un hábito de monja) la hubiera tomado por una deliciosa vestal envuelta en una túnica. Una vestal, una aparición, una hurí... Mi mirada debió de delatar mis pensamientos porque la misionera dejó de abanicarse con la hoja de palma y señaló la carretera.

—Si se da prisa aún puede alcanzar a su amigo. De un momento a otro se hará oscuro.

Me sentí estúpido. Un *tawtaw* ignorante al que le iba a sorprender la noche en el camino de regreso al hotel.

—Tiene razón —dije.

Y apreté el paso.

No sentía miedo. Pero sí cierta urgencia por llegar hasta el pintor y averiguar cuál era su papel en toda

esa tontería del Heliobut. A fin de cuentas, era él quien me había presentado a Berini con grandes frases de admiración. Tal vez, también el francés, en su día, fuera víctima de la misma inocentada. Una burla de la que no se libraba ningún recién llegado. Le alcancé jadeando.

—Heliobut —dije simplemente.

Él, sorprendido, se detuvo.

—Oh, no —dijo con toda la amabilidad del mundo—. Mi nombre es Jean Jacques Auguste de la Motte.

No estaba en el ajo. Eso parecía evidente. Hice entonces algo que no tenía previsto. Recordé la insistencia del misionero en saber cómo dormía yo en el Masajonia y le reboté la pregunta.

—¿Qué tal duerme usted en el hotel? ¿Se encuentra cómodo?

—Sí, muy cómodo. Y duermo como un tronco. Con pastillas.

Reanudamos el paso.

—Verá —continuó—, yo siempre he sido insomne. Desde mi más tierna infancia en el *château* que los De la Motte poseen en La Loire. No había manera de hacerme dormir, y mi salud se resentía considerablemente, hasta que un médico de Blois, el eminente docteur Guy de La Touraine...

Me contó su vida. Paso a paso. No voy a consignarla aquí porque no viene a cuento, pero, sobre todo,

porque a los pocos minutos me sentí invadido por un poderoso sopor que no provenía sólo del poderoso whisky del Wana Wana. De la Motte desconocía la elipsis, no parecía dispuesto a ahorrarme el menor detalle, y su voz resultaba monótona y plana como una salmodia. Aún quedaba un buen trecho hasta el hotel. Al principio, por pura cortesía me esforcé en escucharle.

—A los siete años pintaba caballos y jardines con, a decir de mis padres, rara habilidad. Pero entonces sobrevino el accidente. Caí por las escaleras como Toulouse-Lautrec y, al igual que él, me vi obligado a guardar cama durante varios años. A mi larga convalecencia debo esta leve cojera que he aprendido a disimular y con la que me he acostumbrado a convivir, pero también la especial sensibilidad que sólo pueden conocer los que se han visto obligados a permanecer inmóviles por largas temporadas en las reducidas dimensiones de un lecho. El mío disponía de un baldaquino de inconmensurable antigüedad, y las paredes de la estancia estaban tapizadas de damascos cuyas aguas, en noches de pertinaz insomnio, me recordaban los mares y océanos que ya nunca podría conocer. Las arañas que pendían del techo...

La minuciosa descripción de la alcoba de De la Motte me hizo desear con fuerza mi modesta habitación del Masajonia. Aún quedaba un buen trecho. Decidí intervenir.